

OKELLY.—Ese barnabita de Tolón, que sin duda habéis observado pensativo en la capilla cuando el sacerdote pronunció el anatema papal contra la Reina. Ha querido valerse del medio más pronto y expedito para libertar con un arranque de osadía á la Iglesia de Dios, y ganar la corona del martirio. Sólo al confesor confió su designio, y lo ha ejecutado en las calles de Londres.

MORTIMER (*después de un momento de silencio*).— ¡Desdichada! ¡Suerte cruel é implacable la persigue! Ahora sí, ahora, fuerza es que mueras; tu ángel mismo apresura tu perdición.

OKELLY.—¿Decidme hacia dónde os fugáis? Yo voy á ocultarme en las selvas del Norte.

MORTIMER.—Partid, y que Dios proteja vuestra fuga. Yo me quedo; probaré aún si puedo libertarla, y si no, moriré sobre su féretro.

(*Vanse en opuesta dirección.*)



ACTO IV

Una antecámara

ESCENA PRIMERA

EL CONDE DE L'AUBESPINE.—KENT.—LEICESTER

L'AUBESPINE

CÓMO se encuentra Su Majestad?... ¡Heme aún desconcertado de espanto, milores! ¿Cómo ha ocurrido esto, en medio de un pueblo fiel?...

LEICESTER.—El asesino no pertenece á esta nación... es vasallo de vuestro rey... un francés...

L'AUBESPINE.—Un insensato, seguramente.

KENT.—Un papista, conde de l'Aubespine...

ESCENA II

Dichos.—BURLEIGH (*entra conversando con DAVISON*)

BURLEIGH.—Que extiendan al instante la orden de la ejecución y traiganla sellada; en cuanto esté pronta, la presentaremos á la firma de la Reina. Id; no hay tiempo que perder.

DAVISON.—Así lo haremos.

(*Vase.*)

L'AUBESPINE (*yendo al encuentro de Burleigh*).—Milord, con sinceridad tomo parte en el legítimo júbilo de la isla. ¡Bendigamos á Dios que quiso preservar la vida de la Reina, del puñal del asesino!

BURLEIGH.—Bendigámosle, sí, por haber confundido la maldad de los enemigos de Inglaterra.

L'AUBESPINE.—¡Castigue Dios al autor del infame atentado!

BURLEIGH.—Al autor y á su indigno instigador.

L'AUBESPINE (*á Kent*).—Milord mariscal, ¿tendréis la bondad de introducirme en la cámara de la Reina, á fin de darle humildemente el parabién en nombre del Rey mi señor?

BURLEIGH.—No os molestéis, conde de l'Aubespine.

L'AUBESPINE (*manifestando vivo celo*).—Conozco mis deberes, milord.

BURLEIGH.—Obraríais perfectamente abandonando esta isla.

L'AUBESPINE (*retrocede sorprendido*).—¡Cómo! ¿Qué significa esto?

BURLEIGH.—Vuestro carácter sagrado de embajador os protege hoy, pero no os protegerá mañana.

L'AUBESPINE.—¿Y cuál es mi crimen?

BURLEIGH.—Si lo indico, ya no podrá ser perdonado.

L'AUBESPINE.—Espero, milord, que el derecho de los embajadores...

BURLEIGH.—No excusa la alta traición.

LEICESTER.—KENT.—¿De qué se trata, pues?

L'AUBESPINE.—No olvidéis, milord...

BURLEIGH.—Se ha hallado en los bolsillos del reo un pasaporte firmado de vuestro puño...

KENT.—¿Es posible?

L'AUBESPINE.—Yo firmo muchos pasaportes, y no puedo leer en el corazón de cada cual...

BURLEIGH.—El reo se ha confesado en vuestro palacio...

L'AUBESPINE.—Mi palacio se halla abierto...

BURLEIGH.—Á todos los enemigos de Inglaterra.

L'AUBESPINE.—Pido que se abra una información...

BURLEIGH.—Temed sus consecuencias.

L'AUBESPINE.—Se ultraja á mi soberano en mi persona, y romperá la alianza que acaba de contraer.

BURLEIGH.—La Reina la ha roto por su parte. Nunca Inglaterra se unirá con Francia. Milord de Kent, vos os encargaréis de conducir en salvo al conde hasta el mar. El pueblo enfurecido invadió su palacio, y se ha hallado en él un arsenal completo de armas, de forma que amenaza con despedazarle, si sale en público; tenedle oculto hasta que se apacigüe la cólera del pueblo... Respondéis de su vida.

L'AUBESPINE.—Parto; abandono este reino donde se pisotean los derechos de los pueblos, y se burlan los tratados; pero mi señor tomará cruenta venganza...

BURLEIGH.—¡Que venga por ella!

(*Kent y L'Aubespine se van.*)

FSCENA III

LEICESTER.—BURLEIGH

LEICESTER.—Así vos mismo rompéis los lazos que formó vuestro celo sin ajena excitación. Inglaterra no tendrá que agradeceros semejante paso, milord, y podíais ahorraros tal molestia.

BURLEIGH.—Mi intención fué laudable, pero Dios ha dispuesto las cosas de otro modo. ¡Feliz quien no ha de arrepentirse de mayor delito!

LEICESTER.—Se reconoce á Cecil por su tenebroso aspecto cuando sigue la pista á un crimen de Estado... He aquí, milord, una bella ocasión. Se ha cometido un atroz delito, cuyos autores envuelve el misterio, y van

à ser perseguidos ante el tribunal. Allí se pesarán las miradas y las frases; hasta las intenciones. Heos convertido en el hombre importante por excelencia, en el Atlas del Estado, en cuyos hombros descansa Inglaterra entera.

BURLEIGH.—Reconozco en vos à mi maestro, milord. Mi elocuencia no alcanzó ciertamente, en ocasión alguna, victoria semejante à la que habéis obtenido...

LEICESTER.—¿À qué os referís, milord?

BURLEIGH.—¿No fuisteis vos quien, à pesar mío, condujo la Reina al castillo de Fotheringhay?

LEICESTER.—¿À pesar vuestro?... ¿Cuándo temí obrar à las claras delante de vos?

BURLEIGH.—Llevasteis à la Reina à Fotheringhay; no, mal digo; la Reina fuè quien se mostró asaz complaciente, acompañandoos à vos al castillo.

LEICESTER.—¿Qué queréis decir con esto, milord?

BURLEIGH.—¡Y qué noble papel habéis hecho representar à la Reina! ¡Qué glorioso triunfo habéis dispuesto para ella que se dejó dirigir por vos sin recelo alguno!... ¡Ah, bondadosa princesa!... ¡Y con qué desvergüenza se han mofado de ti! He aquí por qué sacasteis à relucir súbitamente en el Consejo la grandeza de alma y la dulzura, pintando à la Estuardo como débil y despreciable enemiga, tanto que no valía la pena de mancharse con su sangre. ¡Hábil plan diestramente concebido! Por desgracia, tan agudo era el dardo, que la punta se embotó.

LEICESTER.—¡Miserable!... Seguidme inmediatamente; vayamos à la presencia de la Reina, y me daréis allí satisfacción cumplida.

BURLEIGH.—Allí me encontraréis, y cuidado, milord, de que vuestra elocuencia no os abandone en aquel preciso instante.

(Vase.)

ESCENA IV

LEICESTER.—Luego MORTIMER

LEICESTER.—Estoy descubierto: me han conocido. ¿Cómo este desdichado pudo dar con la pista? Si tiene pruebas soy perdido; si llegan à noticia de la Reina mis relaciones con María, pareceré delincuente à sus ojos, y se atribuirán mis consejos, mis desdichados esfuerzos para llevarla à Fotheringhay, à la más refinada astucia, à la traición... Ella se considerará vilmente burlada por mí y vencida por rival odiosa. ¡Oh, nunca, nunca ha de perdonármelo!... Todo ha de parecerle concertado con anticipación; hasta el sesgo desagradable que tomó la entrevista, y el triunfo de la rival, y su risa burlona. ¡La misma mano homicida que la suerte inesperada y terrible interpuso entre todo esto, yo la habré armado!... No veo salvación posible en parte alguna... ¡Ah! ¿quién llega?

MORTIMER (*llega vivamente turbado y mirando en torno suyo*).—¡Sois vos, conde Leicester!... ¿Estamos solos?

LEICESTER.—¡Desdichado!... salid... ¿Qué buscáis aquí?

MORTIMER.—Siguen nuestros pasos, los vuestros también... ¡Mucho cuidado!

LEICESTER.—Retiraos, retiraos.

MORTIMER.—Han averiguado que se celebró una reunión secreta en el palacio del conde de L'Aubespine!

LEICESTER.—¿Qué me importa?

MORTIMER.—Que el autor del atentado concurre à ella.

LEICESTER.—¡Esto es cuenta vuestra! ¿Cómo os

atrevéis á entrometerme en vuestros crímenes?... ¡Defended vos mismo vuestras malas acciones!

MORTIMER.—¡Dignaos escucharme tan sólo!

LEICESTER (*encolerizado*).—¡Id al diablo! ¿Por qué os cogéis á mis talones como el espíritu malo? ¡Lejos de mí! Yo no os conozco; yo no tengo nada de común con los asesinos.

MORTIMER.—¿No queréis oirme?... Vengo para avisaros que también han descubierto vuestras gestiones.

LEICESTER.—¡Ah!

MORTIMER.—El gran tesoro se presentó en Fotheringhay, muy poco después del desgraciado suceso, y registrado minuciosamente el cuarto de la Reina, han encontrado...

LEICESTER.—¿Qué?...

MORTIMER.—Una carta de la Reina, empezada y dirigida á vos...

LEICESTER.—¡Desdichada!

MORTIMER.—En ella os intima el cumplimiento de vuestra palabra, renueva su promesa de matrimonio, y os recuerda el regalo del retrato...

LEICESTER.—¡Muerte y condenación!

MORTIMER.—¡Lord Burleigh posee la carta!

LEICESTER.—¡Estoy perdido! (*Se pasea arriba y abajo desesperado, mientras Mortimer sigue hablándole.*)

MORTIMER.—Aprovechad la ocasión. Advertid á la Reina; salvadla y salvaos. Jurad que sois inocente; inventad algunas excusas; alejad la peor desgracia que ocurrir pudiera. Yo mismo ya no puedo nada, dispersos como están mis amigos y la conjuración disuelta. Mientras vuelo á Escocia en busca de nuevos auxiliares, á vos toca ahora probar cuánto puede vuestro renombre y osado talante.

LEICESTER (*se detiene como herido de súbito pensamiento*).—Es lo que voy á hacer. (*Se dirige á la puerta, la abre y llama.*) Aquí, guardias. (*Al oficial que en-*

tra con algunos hombres armados.) Prended á este reo de Estado y aseguradlo bien... Acaba de descubrirse un infame complot y voy en persona á anunciarlo á la Reina. (*Se va.*)

MORTIMER (*estupefacto de sorpresa de pronto, se serena luego, y lanza á Leicester una mirada de profundo desprecio*).—¡Ah! pícaro!... ¡No importa!... lo tengo merecido... ¿Quién me mandó fiarme de este miserable?...



¡Me pisotea... mi caída debe ser su salvación! ¡Salvate, sí; no he de desplegar los labios... no quiero despeñarte conmigo; no quiero ligarme contigo ni aun para ir á la muerte!... ¡Si la vida es el bien de los malvados! (*Al oficial que se adelanta para cogerle.*) ¿Qué

quieres, vil esclavo de la tiranía?... Me río de ti; soy libre.
(*Saca un puñal.*)

OFICIAL.—¡Armado!... arrancadle su puñal.

(*Los soldados le rodean; él se defiende.*)

MORTIMER.—Por fin en mi postrer instante soy libre y hablaré con libertad. Sed malditos, aniquilados para siempre, vosotros los que hacéis traición á Dios y á vuestra legítima soberana, huyendo de María en este mundo como de la que está en el cielo, para venderos á una bastarda.

OFICIAL.—Oís ¡qué blasfemias!... cogedle...

MORTIMER.—¡Oh! ¡amada mía, no he podido liberarte, pero te doy un ejemplo de valor!... ¡Divina María, ruega por mí, y llámame hacia ti en el cielo!

(*Se da una puñalada y cae en brazos de los guardias.*)

ESCENA V

Una habitación de la Reina

ISABEL, con una carta en la mano.—BURLEIGH

ISABEL.—¡Conducirme allí!... ¡Burlarme de este modo!... ¡Traidor!... Llevarme con aire de triunfo á la presencia de su amada. ¡Oh! nunca, Burleigh, se vió burlada de este modo mujer alguna.

BURLEIGH.—Aún no he comprendido con qué autoridad, con qué medios logré sorprender la prudencia de mi soberana.

ISABEL.—¡Oh!... ¡la vergüenza me mata! ¡Cómo se habrá reído de mi flaqueza! Pensé verla humillada, y fuí víctima de sus ultrajes.

BURLEIGH.—¡Ahora reconoceréis la sinceridad de mis consejos!

ISABEL.—¡Ah! Cruel castigo me toca por no haberlos seguido; pero ¿cómo no creerle? ¿Cómo maliciar

un lazo en los más tiernos juramentos de amor?... ¿De quién me fiaré, si él me hace traición?... Él, á quien hice grande entre los grandes;... que siempre tuve junto á mi corazón;... que autoricé á obrar en esta corte, como señor, como rey!...

BURLEIGH.—Y al propio tiempo os engaña por una reina ilegítima.

ISABEL.—¡Ha de pagármela con su sangre!... Decidme, ¿la sentencia está ya extendida?

BURLEIGH.—Está pronta, conforme ordenasteis.

ISABEL.—¡Fuerza es que muera! Véala él perecer, y perezca él después de ella. Le destierro de mi corazón... Cesó el amor que le tenía, y ocupa su lugar la venganza... Sea su caída, monumento de mi severidad... tan profunda y vergonzosa como grande fué la elevación. Que lo conduzcan á la Torre... le nombraré jueces para que le apliquen las leyes con todo su rigor...

BURLEIGH.—Va á comparecer delante de vos, con el intento de justificarse.

ISABEL.—¿Y cómo podrá, si esta carta le condena y su delito es claro como el día?

BURLEIGH.—Pero sois buena y clemente; su aspecto, el influjo de su presencia...

ISABEL.—No quiero verle; no, jamás, nunca más... ¿Habéis ordenado que lo despidan cuando venga?

BURLEIGH.—Está ordenado.

UN PAJE (*entrando*).—Milord Leicester.

ISABEL.—¡El indigno!... No quiero verle... Decidle que no quiero verle.

PAJE.—No me atrevo á decírselo... no me querrá creer.

ISABEL.—¡Tan alto le puse, que mis servidores le temen más que á mí!

BURLEIGH (*al paje*).—La Reina le prohíbe pasar.

(*El paje se retira perplejo.*)

ISABEL (*pausa*).—Si no obstante lo ocurrido, fuere posible... si pudiese justificarse... Decidme; ¿será esto un lazo que me tienda María, para separarme de mi más fiel amigo?... ¡Oh! es mujer malvada y artera. Tal vez sólo escribió esta carta para infiltrar en mi corazón envenenada sospecha, y hundir en el infortunio al hombre que odia.

BURLEIGH.—Pero, señora... observad...

ESCENA VI

Dichos.—LEICESTER

LEICESTER (*abre la puerta con fuerza y entra con arrogancia*).—¿Dónde está el impertinente que me prohíbe ver á la Reina?

ISABEL.—¡Ay! ¡temerario!

LEICESTER.—¡Cómo rechazarme! Cuando está visible para un Burleigh, también lo estará para mí.

BURLEIGH.—¿Osáis, milord, entrar aquí por fuerza, á pesar de la orden en contrario?

LEICESTER.—¿Y osáis vos, milord, tomar aquí la palabra?... ¡Qué me importa la orden en contrario! Nadie puede en esta corte, ni permitir, ni prohibir la entrada á lord Leicester. (*Acercándose con humildad á Isabel.*) Quiero oír de los labios de mi soberana...

ISABEL (*sin mirarle*).—¡Salid de mi presencia, hombre indigno!

LEICESTER.—En tan duras frases, no reconozco á mi bondadosa Reina, pero milord, mi enemigo... Ape- lo á mi Isabel; prestasteis oído á sus palabras y reclama el mismo derecho.

ISABEL.—Hablad, infame... aumentad vuestro crimen negándolo.

LEICESTER.—Ordenad primero á este importuno que

se retire... Salid, milord, porque debo hablar á la Reina sin testigos. Salid.

ISABEL (*á Burleigh*).—Quedaos; os lo mando.

LEICESTER.—¿Debe interponerse un tercero entre vos y yo?... Tengo que hablar á mi adorada Reina, y reclamo los derechos de mi condición, derechos sagrados que invoco para que milord se retire.

ISABEL.—¡En verdad que sienta bien en vuestros labios este altivo lenguaje!

LEICESTER.—Sí; este es el lenguaje que me corresponde; porque soy el feliz mortal á quien acordasteis el feliz privilegio de vuestro favor, con lo que me elevasteis por encima de milord, y por encima de todos. Vuestro corazón me concedió tan gloriosa jerarquía, y cuanto debo al amor ¡vive el cielo! que sabré guardarlo á costa de mi vida... Que salga; me basta un instante para ser comprendido.

ISABEL.—En vano esperáis engañarme con habilidosas frases.

LEICESTER.—Un retórico como milord puede engañaros, pero yo me dirijo á vuestro corazón, y sólo ante él quiero justificar mis actos que me atreví á realizar confiando en vuestra indulgencia, único tribunal que yo reconozco.

ISABEL.—¡Insolente!... Esto es precisamente lo que os condena... Enseñadle la carta, milord.

BURLEIGH.—Hela aquí.

LEICESTER (*mira la carta sin perturbarse*).—Letra de lady Estuardo.

ISABEL.—Leed y humillaos.

LEICESTER (*tranquilamente, después de haberla leído*).—Las apariencias deponen contra mí, pero me atrevo á esperar que no seré juzgado por las apariencias.

ISABEL.—¿Podréis negarme que habéis mantenido relaciones secretas con María Estuardo, y recibido su retrato? ¿Podréis negarme que prometisteis libertarla?

LEICESTER.—Si me sintiera culpable, fácil me sería recusar el testimonio de una enemiga; pero mi conciencia está tranquila y confieso que no ha escrito más que la verdad.

ISABEL.—¡Pues entonces, desdichado!

BURLEIGH.—Su propia boca le condena.

ISABEL.—¡Retiraos de mi vista, traidor!... Que sea conducido a la Torre...

LEICESTER.—No soy traidor; mi yerro consiste en haberos callado mis gestiones, mas fué leal la intención; sólo he obrado así para penetrar á vuestra enemiga y perderla.

ISABEL.—¡Miserable efugio!

BURLEIGH.—¡Cómo, milord!... ¡Creéis...

LEICESTER.—Me empené en un juego asaz peligroso, lo conozco, pero sólo el conde de Leicester en esta corte podía arriesgarse á cometer semejante acción. Todos saben cuánto detesto á María Estuardo. El lugar que ocupo y la confianza con que me honra la Reina, no permiten dudar de mi fidelidad. El hombre que habéis ennoblecido entre todos con vuestro favor, bien podía aventurarse por peligroso camino para cumplir sus deberes.

BURLEIGH.—Mas si vuestro designio era bueno, ¿por qué guardabais silencio?

LEICESTER.—Milord, vos tenéis por costumbre peyorar antes de obrar; sois pregonero de los propios actos; es vuestro sistema; el mío por el contrario consiste en obrar primero, y hablar después.

BURLEIGH.—Ahora habláis así porque os veis forzado á ello.

LEICESTER (*le mira de arriba abajo con orgullo y menosprecio*).—Os envanecéis de haber dirigido grande y maravillosa empresa, de haber salvado la Reina, de haber desenmascarado la traición. Todo lo sabéis; nada puede escapar á vuestra mirada penetrante. ¡Po-

bre fanfarrón! A despecho de tal sagacidad, María Estuardo sería hoy libre, si yo no lo hubiese impedido.

BURLEIGH.—¡Vos hubiérais...

LEICESTER.—Yo, milord; la Reina fió en sir Mortimer y le franqueó su corazón, hasta el punto de darle una orden sangrienta contra María, en vista de que Pauleto rehusó con horror comisión semejante. Decid, ¿no es así? (*La Reina y Burleigh se miran sorprendidos.*)

BURLEIGH.—¿Cómo habéis llegado á saber?...

LEICESTER.—¿No es así? Pues bien, milord, ¿cómo con vuestra vigilancia no habéis conocido que el tal Mortimer os engañaba, que era un papista desafortado, instrumento de los Guisas, hechura de María Estuardo, fanático audaz y resuelto, venido á Londres para libertarla y degollar á la Reina?

ISABEL (*con la mayor sorpresa*).—¡Mortimer!

LEICESTER.—Por su conducta, María mantuvo relaciones conmigo, y así aprendí á conocerle. María debía ser arrancada de su calabozo hoy mismo; Mortimer acaba de revelármelo. Mandé prenderle. Víctima de su desesperación al verse descubierto y fracasada la empresa, se ha suicidado.

ISABEL.—¡Oh... he sido torpemente engañada!... ¡ese Mortimer!...

BURLEIGH.—¿Y esto ha ocurrido ahora, después de haber salido yo?

LEICESTER.—Por lo que á mí atañe, siento que así haya puesto fin á su existencia, porque si viviera, su testimonio me disculparía por completo. Por esto quería entregarlo á la justicia; un juicio riguroso, formal, atestiguaría y consagraría mi inocencia á los ojos del mundo.

BURLEIGH.—¿Decís que se mató?... ¿él á sí mismo ó vos á él?

LEICESTER.—¡Indigna sospecha!... Puede interro-

garse á los guardias á quienes lo entregué. (*Se dirige á la puerta y llama; entra el oficial de guardias.*) Referid á Su Majestad lo ocurrido con Mortimer.

OFICIAL.—Estaba de guardia en la ante-cámara, cuando milord abriendo súbitamente la puerta, me ha ordenado prender al caballero Mortimer, como reo de Estado. Le hemos visto entonces enfurecerse, sacar un puñal, vomitar imprecaciones contra la Reina, y antes de que pudiéramos detenerle, se ha partido el corazón de una puñalada y ha caído al suelo.

LEICESTER.—Perfectamente; podéis retiraros; la Reina está ya enterada.

ISABEL.—¡Oh... qué abismo de horror!

LEICESTER.—Y ahora, decidme, ¿quién os ha salvado, señora? ¿Será lord Burleigh? ¿Conocía él los peligros que os rodeaban? ¿Ha sido él quien los ha conjurado?... Vuestro fiel Leicester fué vuestro ángel bueno.

BURLEIGH.—Conde, el tal Mortimer ha muerto en ocasión bien oportuna para vos.

ISABEL.—No sé qué deba decir. Os creo y no os creo á la vez; pienso que sois culpable y que no lo sois. ¡Odiosa mujer que me causa tantos tormentos!

LEICESTER.—Es preciso que muera. ¡Yo mismo, ahora, reclamo su muerte! Os aconsejé que no se ejecutara la sentencia, hasta que se armara otro brazo en defensa suya, y como esto ha sucedido ya, hay razón á mi juicio para pedir que se ejecute el fallo sin tardanza.

BURLEIGH.—¿Vos lo aconsejáis, vos?

LEICESTER.—Aunque me pesa llegar á tal extremo, me convenzo y reconozco ahora que la seguridad de la Reina exige tal sacrificio. Propongo, pues, que se dé inmediatamente la orden de la ejecución.

BURLEIGH (*á la Reina*).—Puesto que milord profesa con tal firmeza y sinceridad esta opinión, propongo que le sea confiada la ejecución de la sentencia.

LEICESTER.—¿A mí?

BURLEIGH.—A vos. El mejor modo de acallar las sospechas que pesan aún sobre vos, consiste en que vos mismo hagáis cortar la cabeza á la que os acusan de haber amado.

ISABEL (*mirando fijamente á Leicester*).—El consejo de milord es bueno. Sea como dice y no se hable más.

LEICESTER.—El alto lugar que ocupó debiera eximirme de tan triste comisión que, bajo todos conceptos, convendría más á un Burleigh. Quien se halla tan próximo á la Reina, no debiera ser instrumento de desgracia... Sin embargo, para mostraros mi celo, y satisfacer á mi soberana, abdicó los fueros de mi dignidad y acepto tan odioso cargo.

ISABEL.—Lord Burleigh lo compartirá con vos. (*A Burleigh.*) Cuidad de que la orden esté preparada inmediatamente. (*Burleigh se va. Grandes rumores fuera.*)

ESCENA VII

Dichos.—EL CONDE DE KENT

ISABEL.—¿Qué hay, milord Kent?... ¿Por qué se amotina la ciudad?... ¿Qué pasa?

KENT.—Reina, el pueblo asedia el palacio, y demanda con insistencia permiso para veros.

ISABEL.—¿Qué me quiere mi pueblo?

KENT.—Cunde la consternación en Londres y se teme que vuestra vida se halla amenazada; que os rodean asesinos enviados por el Papa, que los católicos se conjuran para arrancar por la fuerza á María de su calabozo y proclamarla reina. Esto cree el pueblo y está enfurecido. Sólo podría apaciguarse decapitando hoy mismo á María Estuardo.

ISABEL.—¡Cómo! ¿Quieren forzar mi voluntad?

KENT.—Están decididos á no retirarse antes de que hayáis firmado la sentencia.

ESCENA VIII

BURLEIGH y DAVISON, con un papel en la mano.—Dichos

ISABEL.—¿Qué traéis, Davison?

DAVISON (*acercándose gravemente*).—Reina, habéis ordenado...

ISABEL.—¿Qué es? (*Va á tomar el escrito, se estremece y retrocede.*) ¡Cielos!

BURLEIGH.—Obedecer á la voz del pueblo, es obedecer á la ley de Dios.

ISABEL (*perpleja y en lucha consigo misma*).—¡Oh! milord, ¿quién podrá asegurarme que suene fuera la voz de todo mi pueblo, la voz del mundo? ¡Ah! si accedo ahora á las súplicas de la multitud, temo oír mañana otra voz harto diversa. Cuantos me compelen con violencia á semejante acción, la censurarán vivamente cuando esté ejecutada.

ESCENA IX

Dichos. — TALBOT

TALBOT (*entra vivamente agitado*).—Quieren obligaros á tomar una resolución precipitada, ¡ah, Reina! No os dejéis conmover; mostrad firmeza. (*Advierete la presencia de Davison con la sentencia en la mano.*) ¿Se tomó ya?... ¿es cierto?... Observo en esta mano un aciago escrito. Retárdese al menos por este instante su presentación á la Reina.

ISABEL.—Noble Talbot, violentan mi voluntad.

TALBOT.—¿Y quién puede violentarla? Vos sois so-

berana, y trátase ahora de mostrar vuestro poder. Imponed silencio á las groseras voces que osan forzar la voluntad real y dirigir vuestro juicio. Ofuscado, atemorizado el pueblo; vos vivamente irritada, víctima de la humana flaqueza, no podéis pronunciar ahora la sentencia de muerte.

BURLEIGH.—Se pronunció tiempo há; no se trata ya de la sentencia, sino de su ejecución.

KENT (*volviendo*).—Crece el tumulto; ya no es posible contener al pueblo.

ISABEL (*á Talbot*).—¿Veis cómo me estrechan?

TALBOT.—Pido tan sólo un plazo. Este rasgo de pluma va á decidir del reposo y la dicha de vuestra vida entera. Después de haber reflexionado sobre él largos años, ¿un breve instante de conmoción será bastante á arrastraros á él? Concededme breve plazo. Recoged y aguardad un instante más sereno.

BURLEIGH (*con viveza*).—Aguardad, vacilad, diferid la ejecución hasta que arda en llamas el reino, y vuestra enemiga haya ejecutado por fin el regicidio. Por tres veces Dios desvió el puñal; hoy ha rozado vuestro manto; aguardar todavía un nuevo milagro, es tentar á la Providencia.

TALBOT.—El Dios que os protegió por milagro cuatro veces, y comunicó al débil brazo de un anciano la fuerza bastante para desarmar á un furioso, el Dios que tal hizo, merece que confiemos en él. No intento hacer oír la voz de la justicia, inoportuno fuera; ruge la tempestad y no sería escuchada. Pero atended á esta observación; teméis á María viva; muerta, decapitada, no viva debéis temerla. Diosa de discordia, genio vengador, saldrá de la tumba á recorrer el reino, y á arrebatáros el corazón de vuestros vasallos. Hoy la odia el inglés porque la teme; muerta, volará á vengarla. Ya no será para él la enemiga de sus creencias, sino la nieta de sus reyes, la víctima de la riva-

lidad y el odio. Bien pronto conoceréis este cambio. Recorred las calles de Londres después de la ejecución cruel, mostraos al pueblo que ayer se agolpaba en torno vuestro, ebrio de júbilo, y hallaréis otra Inglaterra, veréis otro pueblo. Ya no coronará vuestras sienas la sublime justicia con que inspirasteis universal cariño. El miedo, horrible compañero de la tiranía, os precederá y despoblará las calles á vuestro paso. ¡Habréis cometido una acción irreparable! ¿Qué cabeza estará segura, cuando la cabeza sagrada de María rueda en el cadalso?

ISABEL.—¡Ay de mí, Talbot!... Hoy me salvasteis la vida, desviando de mi pecho el puñal asesino. ¿Por qué lo detuvisteis? Terminada la lucha, libre de dudas, pura y sin mancha de delito, dormiría por fin tranquila en el sepulcro. Cedo en verdad á la fatiga del vivir y del gobernar. Si es fuerza que una de ambas reinas sucumba para que viva la otra, y hartamente comprendo que no puede ser de otro modo, ¿por qué no he de ser yo quien ceda su lugar? Mi pueblo puede elegir; le devuelvo su soberanía. Dios es testigo que no he vivido para mí, sino por su bien; mas si espera de la seductora, de la joven reina María Estuardo días más venturosos, con gusto descenderé del trono, y volveré á la apacible soledad de Woodstock, donde se deslizó mi juventud modesta, donde lejos de las grandezas del mundo, hallaba en mí toda mi grandeza. No; ¡no he nacido para ser soberana! Un rey debe estar dotado de corazón entero, y el mío es débil. Goberné largo tiempo la isla con fortuna, porque sólo me tocaba sembrar beneficios; hoy, por primera vez, me veo obligada á un acto de rigor, y siento mi impotencia.

BURLEIGH.—¡Por el cielo!... Haría traición á mi patria, si al oír de los mismos labios de mi soberana semejantes frases, tan impropias de un rey, guardase



Isabel recibiendo la sentencia de María Estuardo

silencio por más tiempo. Decís que amáis á vuestro pueblo más que á vos misma ; probádnoslo, pues; no busquéis para vos el descanso, librándole á él á las revoluciones. Recordad el poder de la Iglesia. ¿Tornarán con María las antiguas supersticiones y el reinado de los frailes? ¿Vendrá el legado de Roma á cerrar nuestros templos, y á destronar á nuestros reyes?... Os declaro responsable de la salvación de vuestros vasallos; según el partido que toméis en este instante, se salvan ó se pierden. No es este el momento de mostrar femenil misericordia; atender al bienestar del pueblo, es el deber primero de mi reina. Si Talbot os salvó la vida, yo pretendo hacer más, yo pretendo salvar á Inglaterra.

ISABEL.—Dejadme libre. En tan grave asunto no cabe pedir consuelo y dictamen á los hombres, sino al supremo Juez á quien lo someto; haré lo que Él me inspire. Salid, milores. (*A Davison.*) Quedaos junto á la puerta.

(Los lores se retiran. Talbot permanece un instante delante de la Reina, contemplándola con expresivo ademán, y después se aleja lentamente dando muestras de profunda aflicción.)

ESCENA X

ISABEL, sola

¡Oh tiránica voluntad del pueblo! ¡Oh vergonzosa esclavitud! ¡Cuán fatigada me siento de adular á este ídolo, que desprecio intimamente! ¡Cuándo me veré libre en mi trono!... ¡Verme forzada á respetar la opinión, á mendigar las alabanzas de la muchedumbre, y á obrar conforme á los deseos de este populacho que sólo gusta de bufonadas! ¡Ah!... no es realmente soberano quien apetece los aplausos del mundo; reina, sí, quien no ha sujetar sus actos á

las sanciones de la opinión pública. Con el ejercicio constante de la justicia, detestando la arbitrariedad, yo misma até mis manos, y no puedo ejecutar mi primera é inevitable violencia; me condena mi propio ejemplo. Si hubiese ejercido la tiranía como la reina española que me precedió en el trono, pudiera hoy verter la sangre real sin exponerme á la reprobación de nadie, y sin embargo, no fui justa por propio impulso, mas rendida á la necesidad omnipotente, reina de los reyes. Rodeada de enemigos, sólo el favor del pueblo me sostiene en mi trono, que me disputan y se esfuerzan en arrebatarme todas las potencias de Europa. El Papa, irreconciliable, me fulmina su anatema; me hace traición la Francia con hipócritas muestras de fraternidad;... el español apareaja contra mí sus escuadras, declarándome abiertamente la guerra, guerra de exterminio. Heme así, débil mujer, en lucha con el mundo entero. Heme obligada á ocultar con grandes virtudes lo incierto de mis derechos; la mancha con que mi padre me afrentó en la cuna. ¡Inútiles esfuerzos! El odio de mis adversarios los burla, y presenta á mis ojos á la Estuardo como eterno fantasma amenazante... ¡Ah! no; fuerza es ya que cesen mis temores, que ruede su cabeza; quiero disfrutar de paz. ¡Furia de mi existencia, genio del mal, arrojado contra mí por la mano del destino! donde quiera que germina una esperanza para mí, donde quiera que se me ofrece una alegría, se hiergue de súbito á mi paso esta víbora infernal; me arrebató á mi amante, me priva de mi esposo; todo dolor que viene á herir mi corazón, lleva el nombre de María Estuardo... Borrémosla de la lista de los vivos, y héteme libre, como el aire en la montaña. (*Breve pausa.*) ¡Con qué ironía me miraba!... ¡como si esperara aterrarme con la vista!... ¡Infeliz!... Poseo armas mejores,... mortíferas... ¡eres muerta! (*Se di-*

rige con rapidez á la mesa, y coge la pluma)... ¡Que soy bastarda! ¡Desdichada! si lo soy porque vives tú, porque tú respiras; si toda duda sobre mi real estirpe sera aniquilada, cuando te haya aniquilado á tí!... Seré para el inglés, fruto de legitimo matrimonio, desde el instante en que no quepa otra elección. (*Firma con mano rápida y segura; después deja caer la pluma y retrocede con ademán de terror. Pausa. Toca la campanilla.*)

ESCENA XI

ISABEL.—DAVISON

ISABEL.—¿Dónde están los otros lores?

DAVISON.—Han salido á calmar el motín, que se ha apaciguado realmente con sólo presentarse el conde de Shrewsbury. «Es él, es él... han gritado cien personas á la vez; él salvó á la Reina de Inglaterra; escuchadle; es el hombre más digno de Inglaterra.» Entonces el noble Talbot ha comenzado á echarles en cara con suaves palabras sus tentativas de violencia, y como hablase con enérgico y persuasivo lenguaje, se ha calmado la gente, y ha desocupado tranquilamente la plaza.

ISABEL.—¡Ah!... ¡voluble pueblo que cede al menor soplo!... ¡Desdichado de aquel que se apoya en esta caña!... Está bien, Davison, podéis retiraros. (*Davison va á retirarse.*) ¿Y este escrito? tomadle de nuevo; lo confío á vuestras manos.

DAVISON (*mira con espanto el papel*).—¡Reina!... ¡vuestra firma!... ¿habéis decidido ya?

ISABEL.—Debía firmar y lo hice. Una hoja de papel nada decide todavía; una firma no mata.

DAVISON.—Vuestro nombre, señora, al pie de este

escrito lo decide todo; mata, es dardo veloz, es un rayo. Este escrito ordena á los comisarios, á los ejecutores, que vayan inmediatamente al castillo de Fotheringhay, y lean á la Reina de Escocia la sentencia de muerte, y la conduzcan al suplicio mañana con el alba. En él no se consigna demora alguna, y en cuanto entregue el papel, ella dejará de existir.

ISABEL.—Así es, Davison. Dios depona en vuestras manos grave é importantísimo asunto; rogadle que os ilumine. Os dejo, y os abandono á vuestro deber.

(Hace que se va.)

DAVISON (cortándole el paso).—Señora; no me abandonéis antes de haberme manifestado vuestra voluntad... ¿Acaso necesito otro dictamen que el de ejecutar literalmente las órdenes de mi Reina?... Me entregáis esta; ¿será para que la haga ejecutar inmediatamente?

ISABEL.—Obraréis según os aconseje la prudencia.

DAVISON (con espanto).—No según mi prudencia... ¡Dios me libre de ello! En el obedecer consiste toda mi prudencia, y vuestro servidor nada tiene que decidir en este caso: la más leve equivocación sería un regicidio, una desgracia terrible, irreparable. Permittedme pues, que en tan grave asunto, me limite á ser ciego instrumento, sin voluntad propia. Decidme claro vuestro propósito: ¿qué uso debo hacer de esta orden terrible?

ISABEL.—Su nombre lo indica.

DAVISON.—Queréis, por tanto, que se ejecute inmediatamente.

ISABEL (vacilando).—Yo no digo eso; tiemblo sólo de pensarlo.

DAVISON.—¿Queréis, pues, que la guarde todavía?

ISABEL (con viveza).—A vuestro riesgo. Sois responsable de las consecuencias...

DAVISON.—¿Yo? ¡Dios mío! Hablad, señora, ¿qué queréis?

ISABEL (con impaciencia)...—No quiero ocuparme mas en este desdichado asunto, y de ahora para siempre, que me dejen tranquila.

DAVISON.—Os bastará una sola palabra. ¡Oh! hablad, decidid, ¿qué debo hacer del escrito?

ISABEL.—Ya os lo dije; no me molestéis más.

DAVISON.—¿Me lo habéis dicho?... No; nada me habéis dicho... ¡Oh! Dignaos recordar...

ISABEL (dando con el pie en el suelo).—¡Es insoprible!



DAVISON.—Sed indulgente conmigo. Hace pocos meses que desempeño el cargo y no conozco el lenguaje de la corte y de los reyes. Fui educado franca y sencillamente. Ejercitad conmigo vuestra paciencia, y no me rehuséis la palabra que debe informarme... dig-

naos enseñar á vuestro servidor sus deberes. (*Se acerca á ella con suplicante ademán, y ella le vuelve la espalda; Davison manifiesta su desesperación y añade con acento firme.*) Tomad este papel, que quema mis manos como fuego voraz. No me elijáis para serviros en tan terrible contingencia.

ISABEL.—Cumplid con vuestro deber. (*Vase.*)

ESCENA XII

DAVISON, solo.—Luego BURLEIGH

DAVISON.—Se va y me deja sin consejo y lleno de dudas, armado de este terrible papel! ¿Qué voy á hacer? ¿Guardarlo? ¿Entregarlo? (*A Burleigh que entra.*) ¡Ah! por dicha, por dicha heos aquí, milord; á vos debo el puesto que ocupó; sacadme de él. Lo acepté ignorante de mis obligaciones. Dejadme volver á la oscuridad de donde me sacasteis, porque el cargo no me conviene.

BURLEIGH.—¿Qué ocurre, pues, sir Davison? Serenaos. ¿Dónde está la sentencia?... ¿os ha mandado llamar la Reina?

DAVISON.—Acaba de dejarme encolerizada. ¡Oh!... aconsejadme, auxiliadme, libertadme de la infernal angustia de la duda... He aquí la sentencia; está firmada.

BURLEIGH (*con viveza*).—¿Está firmada?... ¡Oh!... dadme... dadme.

DAVISON.—No me atrevo.

BURLEIGH.—¡Cómo!

DAVISON.—La Reina no me ha explicado claramente su voluntad.

BURLEIGH.—¡Claramente!... ¡Si ha firmado!... dadme.

DAVISON.—¿Debo ó no debo proceder á la ejecu-

ción?... ¡Dios mío! ¿Sé por ventura lo que se ha de hacer?

BURLEIGH (*instándole*).—Debéis mandar que se ejecute la orden inmediatamente. Dadme; estáis perdido, si lo diferís.

DAVISON.—Perdido, si me apresuro...

BURLEIGH.—Estáis loco... no estáis en vos... Dadme.

(*Arranca de sus manos el papel, y vase corriendo.*)

DAVISON (*siguiéndole*)....—¿Qué hacéis? Aguardad... Me perdéis....

